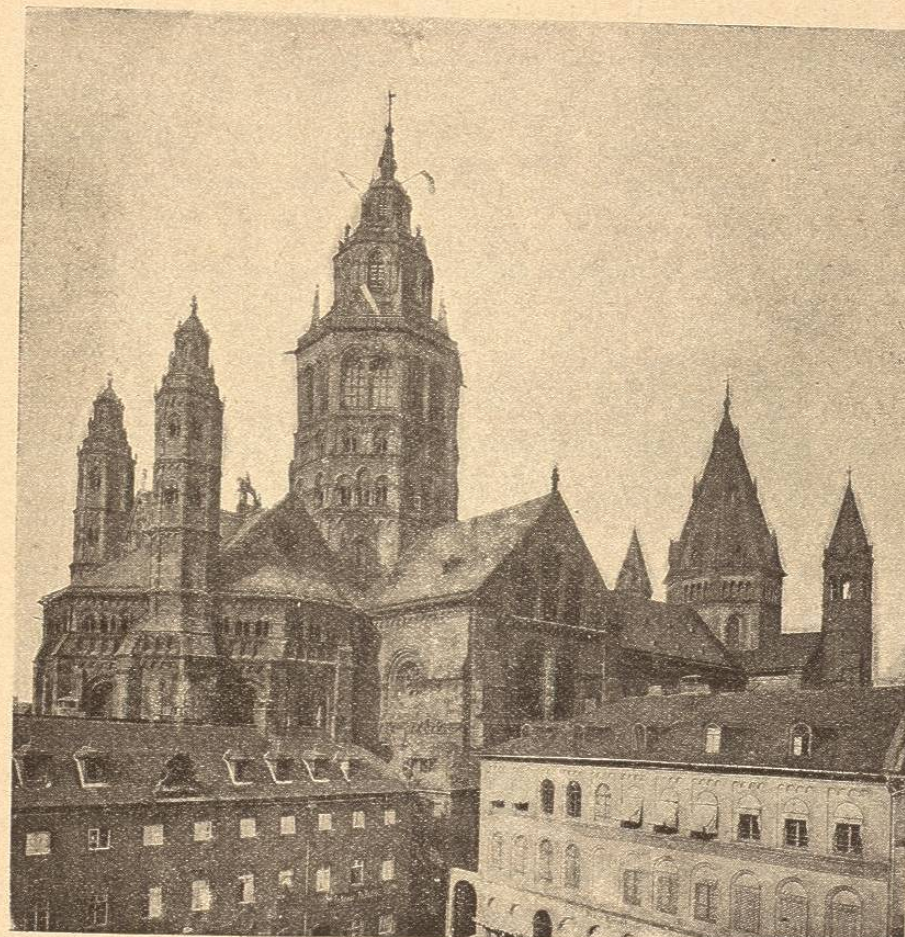


En una sociedad pacífica y normal se mantenía una armonía perfecta entre los labradores y horticultores de unos suburbios y el mercado central donde se hallan establecidos los industriales, porque la tierra forma con el grupo urbano, nacido espontáneamente en el sitio más favorable para los cambios entre campesinos, un organismo necesario y de constante utilidad mutua¹. Así sucedió antiguamente en Grecia y sucede todavía en todas las regiones donde no se han roto violentamente las relaciones naturales entre la ciudad y sus contornos cultivados. Pero la temible intervención de los señores logró romper en muchos sitios esa unión práctica entre los dos elementos necesarios de la antigua organización urbana, haciendo el campo el envidioso y casi irreconciliable enemigo de las ciudades. Por lo común los siervos del barón se veían obligados, á la vez por las necesidades de su servicio y por el temor á los bandidos, á sumergirse en sus madrigueras al pie de un castillo que se elevaba sobre alguna empinada roca. El labrador, supeditado al hombre de guerra, «sujeto á la gleba», como lo hacía constar por una palabra terrible el lenguaje de los juristas, era lanzado frecuentemente, de grado ó por fuerza, contra las ciudades: como siervo del trabajo ó como siervo de las armas, se hacía enemigo de la ciudad, donde vivían industriales ó mercaderes obligados á establecer relaciones con clientes lejanos, puesto que estaban enemistados con los campesinos, sus vecinos inmediatos, que, por otra parte, eran demasiado pobres para comprar sus productos.

En esa Francia, recortada en mil trozos por el feudalismo, las villas se enemistaban, no solamente con las ciudades inmediatas, sino también con las otras ciudades: del mismo modo que los barones se disputaban por los confines de sus tierras, así también los santos patronos se querellaban y se maldecían recíprocamente á propósito de sus parroquias. De villa á villa y de aldea á aldea surgían odios feroces y se hacían hereditarios. Y no era solamente la vanagloria local lo que causaba las rivalidades seculares que nos describen los novelistas², sino también por la irritación constantemente excitada por las bromas, las bravatas y las invectivas que

¹ J. R. Green, *Town Life in the fifteenth Century*.
² Léon Cladel, *La Fête votive de Saint-Barthélemy Porte-Glaive*; Emile Souvestre.

cambiaban, como los héroes de Homero, los intrépidos campeones de las dos comunidades limítrofes; pero las burlas y las malas palabras no hubieran bastado para alimentar de siglo en siglo el espíritu de venganza, si los señores temporales y espirituales no



CATEDRAL DE MAGUNCIA
 Construída desde el siglo x al xiii.

Cl. Kuhn, edit.

hubiesen tenido interés en conservar y excitar las enemistades, para desviar sobre la multitud esclavizada el movimiento de reivindicación que justamente hubiera debido lanzarse de todas partes contra ellos. Cuando los palurdos se mataban al choque de dos procesiones que llevaban banderas diferentes, los señores que contemplaban la escena desde sus torrecillas y sus almenas nada tenían que temer

de ese pueblo humillado: podían continuar quitándole su trigo, su vino y su ganado, sus adolescentes, sus mujeres y sus hijas; todo les pertenecía por el derecho de la fuerza; hasta el halcón del noble tenía presa sobre las aves caseras del villano¹.

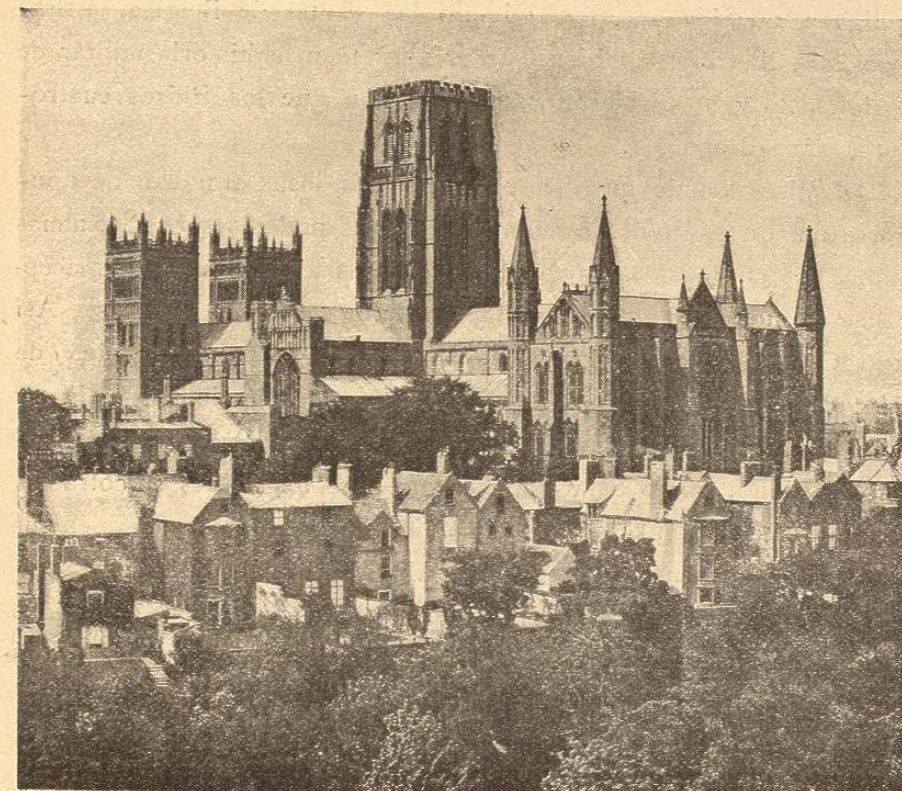
No hay duda que los campesinos sentían profundamente todas esas heridas, porque la reivindicación del pobre contra el rico, del esclavo contra el amo es eterna, pero se pasan siglos antes que la compensación se cumpla. Algunas estrofas cantadas por los trovadores nos dan idea, sin embargo, de cuán claro era para los campesinos del siglo XII el sentimiento de las injusticias sufridas; no se hablaba de otro modo en la víspera de las Jacquerías y de la Guerra de los Campesinos ó en el período moderno de las huelgas y del socialismo revolucionario. «Los señores no nos hacen más que daño; de ellos no podemos esperar ni razón ni justicia; son dueños de todo, y nos hacen vivir en pobreza y en dolor... ¿Por qué nos dejamos tratar así? Pongámonos fuera de su poder; somos hombres como ellos... y somos además ciento contra uno... Unámonos, y no habrá hombre alguno que tenga señorío sobre nosotros, y podremos cortar árboles, cazar en los bosques y pescar en los viveiros, haciendo nuestra voluntad en los bosques, en los prados y en las aguas»².

Sin embargo, aunque los señores, por su orgullo y por la fuerza de las cosas, pertenecían á otra humanidad que la turba esclavizada de los labradores, no por eso habían dejado de contraer la obligación tácita de defenderlos contra todo invasor: para poner á salvo sus tierras, debían también proteger los arados y los brazos que los conducían. Señores y vasallos forzosamente se habían convertido en guerreros, los jefes natos de toda la servidumbre que arrastraban tras de sí. No salían de sus castillos sino á caballo, precediendo orgulloosamente á una multitud de peatones. Montar un caballo era un privilegio simbólico, que, según la opinión de todos, indicaba una superioridad física y moral sobre la totalidad de las gentes que van á pie. De ese modo se constituyó gradualmente

¹ W. Denton, *England in the fifteenth Century*, p. 43.

² Wace; Benoît de Sainte-Maure; Augustin Thierry, *Considérations sur l'Histoire de France*, cap. I.

una clase bien distinta, que en el conjunto de la sociedad medieval tenía sus intereses especiales, su moral particular y hasta su ideal. Habiéndose ocupado, sobre todo desde los Carlovingios, en defender los confines de la cristiandad, por una parte contra los Sarracenos, y por otra contra los Avars y los Húngaros, los ca-



Cl. Valentín.

CATEDRAL DE DURHAM, CONSTRUÍDA DE 1093 Á 1135

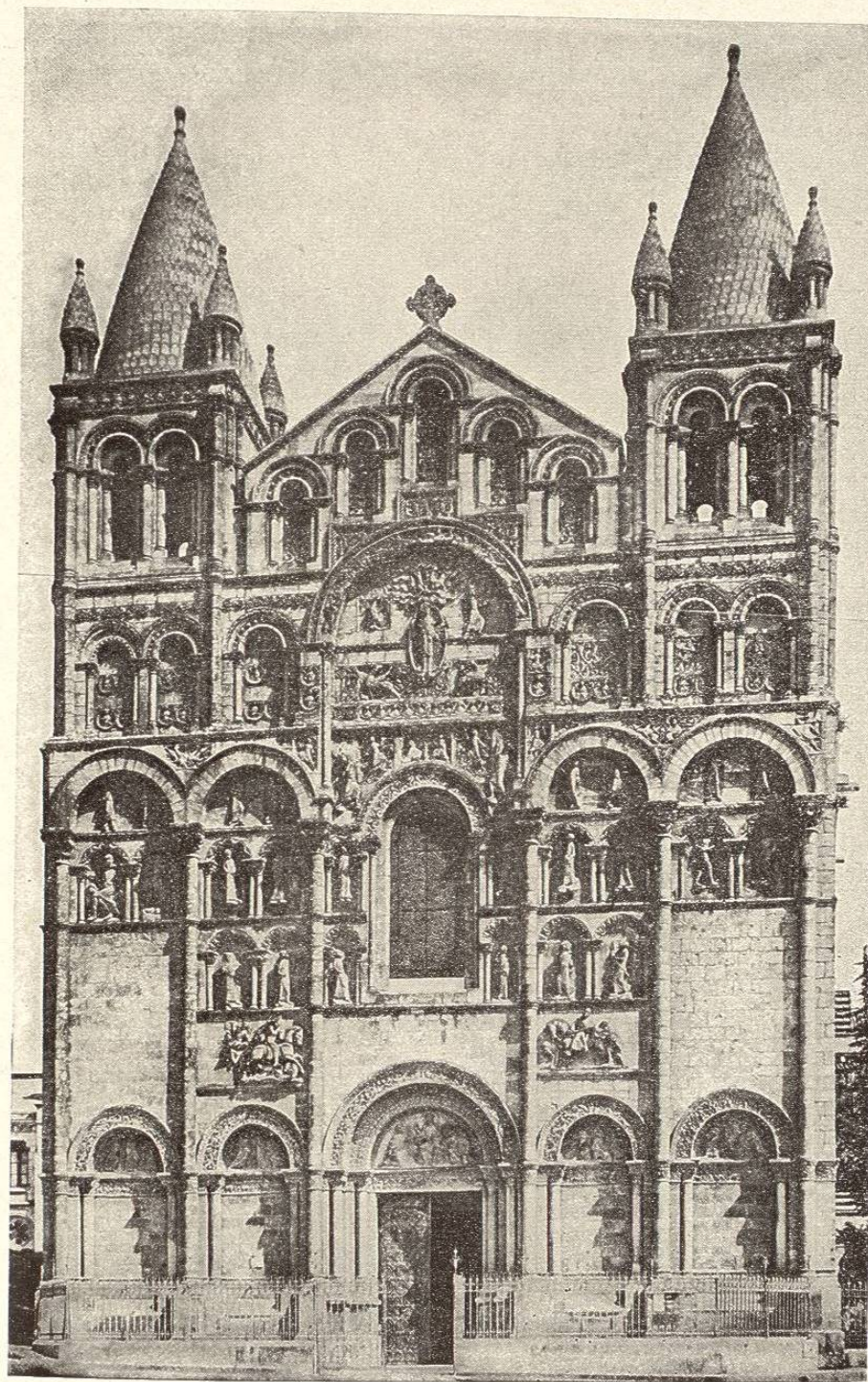
Tipo de arquitectura llamado *Norman* por los Ingleses y correspondiente á nuestro románico.

balleros constituyeron pronto un cuerpo instituido para la defensa de la civilización occidental, y con ayuda del amor á la gloria, quisieron pasar de la defensa al ataque, llevar la guerra en pleno á las comarcas enemigas y trazarse reinos en el país de los infieles. No escaseaban las bandas de miserables para hacer de ellas ejércitos: los mendigos de los caminos, los desgraciados de toda especie, bien organizados y sujetos á la disciplina por los siervos inmediatos de los señores, empleados como sargentos y capitanes, formaban el

grueso de esas tropas de aventura, que aumentaban después de cada triunfo y se dispersaban después de cada desastre. En el ejército de Guillermo el Conquistador se habían alistado así multitudes de Flamencos, y, acabada la guerra, se quedaron en Inglaterra, donde, durante un centenar de años, otros compatriotas se sucedieron por bandas en esta nueva patria. Los príncipes del continente alquilaban también en gran número las gentes de Bélgica, «Brabanzones», llamados también «Cotereaux»; en la historia militar de los siglos XI y XII sirvieron para lo mismo que los Suizos cuatrocientos años después ¹.

Del mismo modo que los príncipes religiosos trataban de apoderarse del poder civil, acumulando los dos poderes sobre las almas y sobre los cuerpos, así también los señores temporales solían aceptar las dignidades y sobre todo las prerrogativas eclesiásticas. Así Hugo Capeto se hacía llamar «abad» lo mismo que «conde» de París; y podrían citarse muchos otros ejemplos análogos ². En su mismo conjunto, la caballería tomó un carácter religioso. El fanatismo cristiano, unido á la ambición, agrupó los nobles en cofradías que se asemejaban á las de los monjes, y que tenían también sus votos, sus reglamentos y sus ritos. Unas formas de iniciación rigurosamente seguidas, según el modelo que daban los más cumplidos caballeros, los de Champaña y Lorena, permitían al joven noble entrar en el cuerpo de los elegidos. Según era de uso para todos los adolescentes en los pueblos primitivos, cada uno de ellos comenzaba por un período de duras pruebas en el cual se probaba su valor, su fuerza de resistencia física y su ingenio, y al fin, cuando se le juzgaba digno de ser un hombre, la asamblea de los caballeros y de las damas, convocada ordinariamente en un gran día de fiesta, especialmente en Pentecostés, el día en que desciende el soplo del espíritu creador, se calzaba al candidato las espuelas de oro y de plata, la cota de malla y la coraza; el joven, arrodillado en el centro de la sala, recibía del más noble de los señores presentes los tres golpes tradicionales del plano de la espada, y quedaba hecho hombre. Al levantarse, recibía de sus iguales el beso fraternal y se

¹ H. Pirenne, *Histoire de Belgique*, t. I, p. 134.
² Giambattista Vico, *Scienza Nuova*, edic. franc., p. 372.



Cl. Kuhn, edit.

ANGULEMA.—CATEDRAL DE SAN PEDRO, COMENZADA EN EL SIGLO XI,
 CONSAGRADA EN 1128

armaba con el casco, el escudo y la lanza. El señor feudal había recibido su juramento de pleito homenaje, los representantes de la Iglesia habían recibido también su promesa de adhesión eterna y de obediencia; por último, se había comprometido con el mundo entero á la franqueza, á la justicia, á la magnanimidad y sobre todo á la defensa de los débiles, de los huérfanos y de las mujeres. Una bella divisa y unos colores simbólicos habían de recordarle para siempre sus deberes.

En efecto, la historia nos dice que hubo nobles caballeros «sin miedo y sin reproche», solitarios que tomaron en serio los bellos juramentos que habían hecho, permaneciendo fieles á su divisa y á su dama, «caballeros andantes» que recorrían los campos en busca de tuertos que enderezar y desgraciados que defender; pero esos héroes de justicia, ya ridículos á los ojos de sus contemporáneos, han sido inmortalizados después bajo el nombre de «Caballeros de la Triste Figura». La mayor parte de los paladines, arrastrados por la violencia y la ambición, no daban por objeto á su vida más que guerrear, conquistar y oprimir las poblaciones vencidas.

En aquella época, monjes y caballeros, lo mismo que los mercaderes y todos aquellos que podían exceptuarse de las duras condiciones de la servidumbre, solían arriesgarse á las aventuras, frecuentemente peligrosas, pero siempre meritorias, de una peregrinación á las ciudades santas, las iglesias y los conventos donde se habían realizado milagros, y el centro de atracción por excelencia era el Santo Sepulcro: la visita de los «Santos Lugares» estaba tan en honor entre los cristianos como prosternarse en la Kaaba entre los islamitas. Pero los mahometanos tenían la Meca en su propio territorio, en tanto que los católicos habían de atravesar como suplicantes el territorio de los enemigos haciéndose abrir á fuerza de dinero las puertas de Jerusalem y del santo sepulcro. Los Sarracenos consideraban, como negociantes hábiles, la llegada de aquellos extranjeros á quienes era lícito explotar; pero los odios de raza y de religión estallaban con frecuencia cambiándose pedradas, insultos y cuchilladas en el curso de las procesiones. La más famosa de las peregrinaciones, la de 1064, compuesta de miles de fieles, unos siete mil,